

dida en su lecho como en una cruz, inmóvil hacia ya diez días: una hinchazón extraordinaria y verdaderamente monstruosa había puesto su cuerpo inconocible; con gran trabajo y á costa de agudos dolores lograba mover la mano izquierda; progresando sus males con convulsiones y variaciones continuas, no se sabía ya qué hacer para darle algún alivio.

A consecuencia de la excesiva hinchazón del cuerpo se le habían formado varias llagas que le supuraban con abundancia: ¡cruel tormento, al cual ningún miembro se escapaba! solo su vista recordaba á Job. Ocho aberturas deformaban su cuerpo, y el resto parecía en plena disolución: entonces ¿cómo hacer para no lastimarla en los servicios mas indispensables?

Lo que tuvo que sufrir en ese estado, no cabe expresarlo: dolores muy agudos en las entrañas y en el cerebro, desvanecimientos continuos, vómitos violentos y calofríos seguidos de ardientes calenturas: hé aquí su pan de cada día, hé aquí el lastimoso espectáculo que desgarraba nuestros corazones y llenaba nuestros ojos de lágrimas.

LOS ULTIMOS DIAS DE LA NIÑA NEGRA.

La paciencia y el valor de Josefina aumentaban con sus crueles dolores. Su rincón en la enfermería era una escuela de heroísmo cristiano: estaba tendida en su lecho de tormentos, lo mismo que hubiera podido estarlo en uno de rosas; jamas hablaba de sus padecimientos á menos que no se le preguntase, y aún así lo hacia muy brevemente y sin manifestar la menor compasión por sí misma; apretaba con todas sus fuerzas entre sus manos al crucifijo, y mientras mas vivos eran sus dolores besaba con mas ardor las llagas de su Jesus; este era el solo alivio que ella se procuraba.

Así sufría en silencio con amorosa resignación.

—Cada pena que soportas con paciencia por amor de Jesus, le decíamos algunas veces, es un nuevo florón que añades allá arriba.

Entonces brillaba en su rostro afligido una sonrisa de celestial dulzura.

Una angélica modestia hacia el carácter distintivo de Josefina: su delicadeza respec-

to de esto era extrema, pues no consentia ninguna otra mano que la de la enfermera que la tocara, y aún ella había de estar sola; delante de otra persona era imposible hacerla descubrir ni un brazo.

—Hija mia, le dije, un dia, las hermanas son esposas de Jesucristo y hacen todas las cosas con mucha prudencia y recato; así, cuando sor Maria Josefina (la enfermera) no esté aquí, déjate curar de la que la ayuda.

—Sí, mamá, respondió la enferma con su dulzura acostumbrada, haré como tú quieras; sin embargo, si no te parece mal yo quisiera que solo sor Maria Josefina me prestara esos servicios, pues á las otras les tengo vergüenza y temo que las pobres hermanas sientan disgusto de prestarme servicios tan penosos.

Diciendo esto corrian sus lágrimas en abundancia.

Varias veces se le administró el santo viático y entonces encantaba ver á ese ángel profundamente recogido y con ademán celestial, esforzarse á pesar de lo hinchado de su cuerpo, por juntar las manos y conversar largo tiempo familiarmente con su Jesus; para eso no necesitaba que se le su-

ces hizo los tres votos de pobreza, castidad

giriesen actos piadosos, sino solo seguir el fervor de su corazón.

—Tengo tantas cosas que decir á Jesus, que no necesito de libro, decia, mi corazón habla siempre á Jesus, él está contento y eso me basta.

Esta inocente paloma parecia querer tomar su vuelo hácia el cielo; y el médico, viendo el peligro, advirtió que se admitirase la extremauncion, cuya noticia llenó de alegría su corazón. ¡Qué de gracias se digna hacerme Jesus! Esta mañana he comulgado, esta tarde recibo los santos Oleos, despues á la hora que Jesus quiera iré al cielo. ¡Oh, cuán bueno es Jesus! Si yo hubiera muerto entre los árabes, ¡qué diferente seria mi suerte!

El 21 de Abril, como á las seis de la tarde, vino el señor capellan y encontrando á la enferma bien dispuesta comenzó inmediatamente la ceremonia, asistiendo á ella toda la comunidad; pero Josefina quiso primero pedirme perdon, así como á todas las hermanas que se deshacian en lágrimas junto á su lecho. El señor capellan estaba tan conmovido que apenas podia proferir las palabras de la extremauncion, solo la niña enferma estaba tranquila, contenta, radiante de gozo, ocupada únicamente en

recibir bien el sacramento; presentaba con mucha gracia sus manos al ministro de Dios, y parecia querer decir:

—Apresúrate á abrirme el cielo.

Despues de la ceremonia, permaneció en profundo recogimiento, dando gracias á Dios del nuevo beneficio que acababa de recibir; en seguida pidió permiso de hablar á sus compañeras: yo consentí con mucho gusto y las niñas luego que llegaron cerca de ella comenzaron á llorar.

—No lloren, queridas niñas, les dijo la amable enferma, no lloren, pues me voy al cielo, yo rogaré mucho por ustedes, por los árabes y por todas las niñas negras; pero ustedes procuren ser buenas y muy obedientes: amen mucho á Jesus y María.

Despues añadió:

—Cuando haya muerto, no lloren, pues en el cielo estaré muy contenta.

Tenia sobre su lecho una reliquia y dos objetos de piedad, estos los enseñó á sus compañeras y les dijo:

—Si mamá lo tiene á bien, les dejo á ustedes todo esto en memoria mia.

Luego las abrazó tiernamente y viendo que no cesaban de llorar, les dijo:

—Vayan, queridas niñas, vayan á jugar un poco.

cas hizo los tres votos de pobreza, castidad

Las niñas salieron y yo tambien me retiré, porque tenia el corazon despezado: solo el señor capellan permaneció con ella y la asistió continuamente. Como yo pasaba las noches en la enfermería le oí que decia á la hermana que la asistia:

— Hazlo muy quedito, para no despertar á mamá, pobre mamá ¡cuánto siento que ella padezca!

Despues de la extremauncion continuó padeciendo unos quince dias todavía: todo su cuerpo no era mas que una llaga, no se podia tocar sin causarle agudísimos dolores, y por intervalos parecia inminente el peligro; así es que se le llevó tres ó cuatro dias el santo viático, por lo cual penetrada de reconocimiento y llena de gozo, palmoreando las manos exclamaba:

— ¡Oh, qué dichal ¡oh, qué dichal si Jesus me envia tantos males, es porque así se ven obligados á traerme mas á menudo la santa comunión. ¡Oh, cuán bueno es Jesus! El sabe que lo recibo con mucho gusto.

XIII.

LA MORIBUNDA NIÑA RECIBE EL VELO DE RELIGIOSA, Y ES DESPOSADA CON JESUS.

Josefina se acercaba rápidamente á su fin; pero no podia decir: *Todo está consumado*. El voto mas ardiente de su corazón, despues del de ver á Dios, habia quedado sin efecto; sin embargo, ella ha asegurado que el cielo la escuchará antes de su muerte por intercesion de María, y no se dirá que la hija de la santísima Virgen ha esperado en vano en su divina Madre: por esto Josefina no dejará esta tierra sin ser consolada.

El origen de este voto viene desde la época de su primera comunion, que fué el dia de la fiesta de nuestra santa Madre de Chantal. Yo noté que tuvo todo el dia un aspecto serio, y pensando que algo la disgustaba, le dije:

—¿Qué tienes, hija mia? ¿por qué estás de mal humor? ¿No has recibido esta mañana á Jesus en la santa Mesa?

—No, mamá, respondió con mucha dulzura, no estoy de mal humor, sino que tengo una cosa que me da mucho en que pen-

sar. Yo te la diré; pero ahora no puedo.

Y era que estaban presentes varias de las religiosas.

Luego que me vió sola, me descubrió el pensamiento que la ocupaba.

—Esta mañana, despues de la comunion, me ha dicho Jesus en el corazón: «Quiero que tú seas mi esposa,» y la santa Madre de Chantal me dijo: «Te quiero para mi hija.» Yo pienso siempre en estas palabras, y por eso no tengo ganas de reirme ni de ver á nadie, sino solo á Jesus.

Josefina acababa de oir palabras sobrenaturales y las guardó en su memoria con un celoso cuidado: el cambio que se obró en ella llenaba de admiracion á todos, y no se podia dudar que habia recibido entonces la gracia de la vocacion á la vida religiosa. Antes de ese dia no habia manifestado deseos de ese venturoso estado, su conducta aunque siempre buena, no estaba exenta de toda ambicion infantil: pero desde ese memorable dia no tuvo otra ambicion ni otro deseo que el de recibir el velo. Una hermana le echaba en cara, chanceando, que hubiera aceptado un regalo de valor.

—Mucho gusto tengo, respondió al instante, con tener una cosa de valor, para

sacrificársela á Dios el día que reciba el velo.

Y ese santo deseo no se habia apagado en ella, al contrario se habia encendido mas. ¡El velol ¡el velol este era el objeto constante de sus peticiones; la dicha de una alma consagrada enteramente á Dios la arrebatava, la llenaba de una santa envidia, y hablaba de ella sin cesar. Si veia en el locutorio algunas señoras elegantemente ataviadas:

—¡Oh, cómo me chocan esos vestidos! decia al salir de allí, ¡oh, querido velol ¡oh hábito pobre de mi Jesus, cuánto te amo! Pronunciando estas palabras tomaba mi hábito y mi velo, los besaba con ternura y me decia con las lágrimas en los ojos:

—Mamá, dame pronto el velo: hazme esta caridad, ruégale tú al obispo y te dirá que sí, porque si yo se lo pido no me escuchará.

Antes de su última enfermedad, siempre que veia á monseñor le importunaba de todas maneras; no habia expresiones que no emplease para obtener el velol tan deseado: un día que sus instancias eran mas urgentes, le dijo el buen prelado:

—Ten paciencia, todavía un poco, eres muy niña.

ces hizo los tres votos de pobreza, castidad

—Es verdad, respondió Josefina, pero la muerte se acerca: te he dicho tantas veces que moriré muy pronto!... Yo ruego mucho por tí en la comunión. Qué, ¿no te ha dicho Jesus en el corazon que me des el velo? ¡A mamá, á las hermanas y á todos les agrada que yo tome el velo! Yo te aseguro que vas á dármelo mas pronto de lo que tú piensas! Ya verás, ya verás cómo Jesus me hace esta gracia, Jesus es mejor que el obispo.

En efecto, le hizo la gracia; y vamos á ver cómo se cumplió la prediccion de la niña de una manera inesperada.

Durante su última enfermedad no cesaba de desear el velo y el presentimiento de su próximo fin no hacia sino hacer mas ardiente este deseo: esto me conmovia mucho; pero lejos de dárselo á conocer, manifestaba no fijar mi atencion, y la pobre niña ya no se atrevia á instar mas. No obstante, un día no pudo contenerse mas (era en el mes de Abril), y con un acento que heria el corazon y expresaba la vehemencia de sus deseos, dijo á la enfermera:

—Qué, ¿no me darán el velo? ¿No querrán las hermanas? ¿Moriré yo así?

Me avisaron inmediatamente: ¡rechazaré yo á la piadosa niña estando en el um-

bral de la eternidad? No, no me siento con ese valor: doy los pasos mas rigurosos, pido permiso al señor obispo, lo cual me concedió con mucho gusto; ademas, visto la solidez de espíritu de la niña se le permitió pronunciar los tres simples votos de la vida religiosa.

Ese día estaba Josefina muy postrada, ni hablaba palabra: mientras se arreglaba lo necesario y se adornaba su lecho con guirnaldas de flores artificiales, la niña no se ocupa mas que en Dios. A veces dirigia una mirada á lo que se hacia cerca de ella, y volvía á entrar en su recogimiento.

—¿Ves estas flores? le dije.
—Si, pero las flores del cielo son mas bellas.

Esta respuesta me cortó la palabra. Pronto estuvo todo arreglado, pues nos apresurábamos de miedo de no llegar á tiempo. El 26 de Abril en la tarde, fué cuando se ejecutó la corta pero tierna ceremonia: al pié del lecho de Josefina estaban las niñas sus compañeras vestidas de blanco, con velo y guirnaldas de flores en la cabeza, teniendo una vela encendida en la mano.

La jóven postulante pronuació la fórmula de costumbre y recibió, con el velo, el nombre de SOR LORENCINA PREMIOT, enton-

ces hizo los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, se le dió la cruz y el crucifijo, se rezó el salmo *Laudate* y terminó la ceremonia. La enferma habia hecho todo con una piedad y una emocion inexplicables; Josefina era de allí en adelante religiosa de la Visitacion.

En la tarde vino monseñor á visitar á la nueva esposa de Jesucristo; su señoría con mucha amabilidad le habló largamente, y nuestra hermanita se contentaba con responder sí, pero pronunciaba esta palabra con extrema dulzura, acompañándola con una de esas miradas cuya expresion y elocuencia es mas viva y penetrante; pues el embarazo de su respiracion le impedia explicarse mas.

Al retirarse el buen prelado le dió su bendicion y sor Lorencina le acompañó con sus lágrimas: seguramente que esta última separacion fué para su corazon un sacrificio muy doloroso.

Al día siguiente tuvo menos penosa la respiracion y no hizo mas que hablar de la gracia que acababa de recibir mostraba la cruz que se le habia dado y exclamaba con trasporte:

—¡Hé aquí mi cruz, yo siempre la beso áun de noche! ¡oh qué dichosa soy! sí, qué felicidad, ser esposa de Jesucristo! . . . En

SANTITA.—8

esta ocasion pensé morir, tan faerte era el estremecimiento de mi corazon. ¡Cuánto mas lo será en el cielo! El Señor me dice que me ha enviado tantos males, á fin de que me diesen el velo; hace tanto tiempo que deseaba yo el velo, que siempre estaba triste, nada del mundo me agradaba, áun el vestino azul me pesaba sobre los hombros.... ¡Yo, esposa de Jesucristo! Ayl sí, si el Señor me sana seré siempre, siempre su esposa: estudiaré y aprenderé pronto, y haré todo lo posible por hacer lo que las hermanas: si muero, todo concluyó.

Cuando decia esto se notaba en sus ojos y en su rostro un no sé qué de angélico.

XV.

LA ULTIMA SONRISA.

La querida moribunda no se cansaba de darnos las gracias, á las hermanas y á mí, con la expresion del mas vivo reconocimiento: á nuestra vez nos aprovechábamos de esos cortos momentos para hacerle nuestros encargos para con Dios; pues efectivamente la enamorada esposa de Jesus se acercaba á grandes pasos al cielo.

Sus males la atormentaban de la manera

mas cruel y los dolores le arrancaban gritos capaces de conmover los mas duros corazones; sin embargo no eran gritos de queja, sino invocando el auxilio divino: en los momentos de sus mayores sufrimientos tenia los ojos clavados en una imágen de la immaculada Concepcion que tenia constantemente cerca de su lecho, y cubria de besos el crucifijo y una imágen de la santísima Virgen, teniendo sus dos queridos objetos sobre su lecho, con unas reliquias, de lo cual no hubiera querido separarse ni un instante.

Temia mucho ver al demonio antes de morir.

—¡Tengo mucho miedo de ver al demonio! decia á su confesor, tiemblo de miedo!

Pero con pocas palabras que le dijese se calmaba y áun sentia ese grande ánimo que en momentos tan terribles solo la fe puede inspirar. Querida hermanita, le decia yo en esas ocasiones, Jesus está cerca, sufre un poco y entrarás al cielo. Y la inocente mártir, exhalando siempre ayes de dolor, continuaba repitiendo horas enteras estas abrasadas aspiraciones:

—¡Jesus, ven pronto ven, ven, queridísimo Jesus! ¡Oh María, tú que me has traído de tan lejos, ven ahora, llévame al cielo!

¡Oh santo mio José! ¿dónde estás? ¡Ven á llevarme, ya no puedo estar mas tiempo lejos de Jesus. . . . ¡Oh ángel santo de mi guarda, ayúdame á ir muy pronto al cielo! ¡Oh vosotros todos, santos del paraíso, venid á llevarme; apresuraos á llevarme á Jesus!

Todos los que la oían estaban admirados de que pudiese sostenerse así tan largo tiempo y conservar tan fuerte voz: la extrañeza de su mal no dejaba conocer su estado. Tan pronto se la veía reducida al último extremo, y se le aplicaban las indulgencias de los moribundos, se recitaba la recomendacion del alma y aún se llegó á creer que habia espirado, pues no daba señal alguna de vida; cuando repentinamente daba un fuerte grito:

— ¡Cielo, cielo, déjenme ir al cielo! ¡Adios mamá; adios, obispo; adios, padre confesor; adios, ustedes todas, hermanas mías; adios, todos; buen dia, buen dia!

En uno de aquellos momentos le dije:

— ¡Oh sí, tú estás cerca del dia eterno! pero nosotras estamos sumergidas en la noche de esta tierra, y no sabemos cuándo nos será dado alcanzar ese bello dia que tú nos deseas. Cuando estés en el cielo, querida niña, ruega á Dios que se digne concedérselo en su misericordia.

— Sí, respondió con voz mas fuerte, Jesus dará el buen dia á todos.

Como se le habia enseñado que el confesor es el ángel visible que guia el alma al cielo, la sencilla niña en esos últimos momentos le tenia constantemente de la mano y no consentia que se le retirase ni un instante, parecia decirle:

— No te dejaré ir hasta que me hayas introducido en el cielo, pues con frecuencia le preguntaba:

— Padre confesor, ¿hasta cuándo iré al cielo?

Luego parecia que estaba en un sueño letárgico; y si le decia yo alguna cosa de Dios, inmediatamente comenzaba á hablar con Jesucristo, con la santísima Virgen y con los santos: era tal su ardor, que se necesitaba moderarla y que nadie se atreviese á decirle nada, temiendo que los violentos arrebatos de su alma hacia el cielo acabasen de romper los débiles hilos que la detenian todavía sobre la tierra.

Viéndola su confesor en tal extremo le decia:

— Unete á la santa voluntad de Dios.

— Sí, respondia al instante, siempre estoy unida á la santa voluntad de Dios. ¡Oh Jesus, Jesus!

Y comenzaba las aspiraciones habituales de su corazón abrasado. En una palabra, necesitábamos callarnos por grande que fuese su placer en oír hablar de Dios.

La querida moribunda dirigía de vez en cuando del lado derecho de su lecho miradas llenas de admiración, manifestando ver algo extraordinario; por fin, dijo á su confesor:

—Veo á Jesús, veo á María; veo á José; ¡oh qué bellos son! vendrán á llevarme.

—¿Los ves con los ojos de la fe? preguntó el confesor.

—No, los veo con estos ojos; y llevaba la mano á sus ojos.

La última noche estaba nuestra hermanita como una viva imagen de las almas del purgatorio; pues lo que sufría no es creíble.

—¿Por qué esta noche me desuellan viva? ¿por qué me muerden por todas partes y se comen mis entrañas y toda mi carne? ¡Oh padre confesor, padre confesor! ¿qué tengo que me abrasa el corazón?

—Tienes la gracia de Dios y su amor.

—¡Oh! repitió ella, qué fuego, qué grande fuego!

Nosotras la tocamos y estaba helada, corriéndole un sudor frío por todos sus miem-

bros: ese desgarrador espectáculo duró toda la noche y la mañana del día siguiente. No podía yo retirarme de allí; pues aunque sufría mi corazón de la manera mas horrible, gozaba al mismo tiempo en estar cerca de aquel ángel.

—¿Te acordarás, le decía yo, de rogar por nosotros cuando estés en el cielo?

—Sí, y bien que sí; yo rogaré mucho por mamá, por el obispo, por *Abuya*, por mi padre confesor, por los árabes, por las otras niñas negras y por todos.

Un poco despues añadió:

—Mi corazón me dice que moriré en el día despues de la *obediencia*.

Este ejercicio se hace entre nosotras despues de las doce. Así sucedió.

La hermanita conservó su perfecto conocimiento hasta el último suspiro: á cada momento parecia espirar en fuerza de las terribles convulsiones que le acometian; como á las diez se le calmaron un poco, y pudo tomar una taza de caldo, despues de lo cual dijo que deseaba dormir. Su confesor viéndola tranquila y fuera de peligro próximo, se retiró un poco, como á las once.

—Te vas, le dijo la moribunda, pero vuelve pronto; entre tanto mamá queda aquí en tu lugar.

Así lo hice, colocándome cerca de ella para oirla respirar.

A las doce noté que había despertado y hablaba con Dios: me aproveché de ese momento para decirle todo aquello de que quería que se acordara en el cielo. Media hora despues, es decir á las doce y media, abrió los ojos, miró del lado derecho y una sonrisa deliciosa vino á dilatar su rostro. En el instante mandé llamar al sacerdote, el señor capellan, que no tardó en llegar, pues su casa estaba cerca de la nuestra; pero ya era tarde, la niña acababa de espirar. Figúrese cualquiera la pena que le causaria no haber sido testigo de la última sonrisa de su querida penitente.

Este ángel voló al cielo á la hora misma que predijo, á la edad de nueve años. ¡Oh qué bueno es ir al cielo con la sonrisa en los labios!

Si, querido angelito, abre tus labios inocentes á las dulces sonrisas de los bienaventurados! ¡Embriágate para siempre en las inenarrables delicias del cielo! ¡Goza de tu Dios que te ha amado tan tiernamente! ¡Pero por favor, acuérdate de los que gimen todavía en el áspero sendero del destierro!!!

La santa niña volvió á tomar sus formas

primeras, su rostro respiraba una suavidad celestial; hubiérase dicho que el último beso del Esposo acababa de dejar allí impresa la eterna beatitud. No nos cansábamos de admirar aquel espectáculo arrebatador: algunas hermanas preguntaban si en efecto habria espirado la bienaventurada niña; y ella sonriendo parecia decir á todos los que la miraban: ¡Yo estoy en el cielo! ¡Oh qué hermosa está! decian sus compañeras; ¡oh qué hermosa está!

La expusimos en el coro, segun nuestra costumbre: estaba vestida de religiosa; sobre su frente llevaba una corona de rosas blancas y en las manos, juntamente con el crucifijo, tenia un lirio de esplendente blancura; otras varias flores colocadas con bello orden adornaban el pequeño ataúd.

Terminada ya la ceremonia fúnebre, las horas para guardar el despojo querido eran contadas y era necesario arrancarse de allí violentamente. Yo sufrí mas, pues no podía resolverme á velar aquel rostro tan puro, iluminado con una belleza celestial. ¡Ay! la penosa tarea debia cumplirse: deposité en su frente virginal el último beso y devolví á la tierra lo que le era debido.

Era un ligero alivio á nuestro dolor pensar que enaquel uella esposa privilegiada del

Señor, tenemos una poderosa patrona cerca de El. Algunas de las hermanas han sentido ya su benéfica influencia.

Hé aquí la relacion sencilla y fiel de la vida de aquella que Dios me confió; y conforme á sus vías misericordiosas me esforcé en educar para el cielo, la cual tan bien supo corresponder á las gracias de su Oria-dor. Su vida fué corta; pero por su virtud llenó largos años. ¡Oh! si todas las jóvenes cristianas imitasen al menos en parte la fidelidad de esta niña negra, correspondiendo á la milésima parte de las gracias con que Dios las previene para formar su espíritu y su corazon; cuánto mas dulce, mas fructuosa y mas fácil sería su educacion! ¡Con qué consoladora esperanza seria permitido contemplar su destino futuro!

No añadiré sino dos palabras á esta tierna relacion y al último voto de la madre adoptiva de la niña negra.

¡Que Dios bendiga á religiosas tan buenas tan delicadas y tan maternales, que en todas las comarcas del mundo son la Providencia visible de los huérfanos y de la infancia, de los abandonados y de todos los que padecen.

¡Y que se digne bendecirte igualmente á tí, hijo mio, que acabas de leer la vida de esta santita! y ¡que los ejemplos de una virtud tan perfecta y en una edad tan tierna, te hagan mas fiel en lo venidero, mas fervoroso, mas obediente, mas paciente y mas digno, en una palabra, del Dios de tu bautismo y de tu primera comunión!

FIN.

